

LA SALA DE LOS ESPEJOS

FREDRIC BROWN

Por un instante él creyó que era una ceguera temporal, aquella súbita oscuridad que sobrevino en la mitad de una tarde radiante.

Debe ser ceguera, se dijo. ¿Era posible que el sol que me estaba bronceando se hubiese apagado instantáneamente, dejándome en las más profundas tinieblas?

Luego los nervios de su cuerpo le dijeron que estaba *de pie*, a pesar que sólo un segundo antes estaba cómodamente sentado, medio reclinado en una hamaca de lona, en el patio de la casa de un amigo en Beverly Hills. Y hablando con Bárbara, su novia, por más señas. Mirando a Bárbara... la cual vestía un traje de baño... su tez tenía un tono dorado bajo la alegre claridad solar. Estaba hermosísima.

Él también llevaba traje de baño. Pero a la sazón no lo notaba; la ligera presión del cinto elástico ya no se dejaba sentir sobre su cintura. Se llevó las manos a las caderas. Estaba desnudo. Y de pie.

Lo que le había ocurrido era algo más que el paso a unas súbitas tinieblas o a una ceguera repentina.

Levantó ambas manos con precaución y palpó una superficie lisa y suave, una pared. Las separó y por ambos lados alcanzó a un ángulo. Giró lentamente sobre sí mismo. Una segunda pared, luego una tercera, luego una puerta. Se hallaba en una especie de armario de poco más de un metro cuadrado.

Con la mano encontró un picaporte. Comprobó que se movía y consiguió abrir la puerta.

Entró luz. La puerta se abría hacia una habitación iluminada... una estancia que le era por completo desconocida.

No era muy vasta, pero estaba bien amueblada... aunque el mobiliario era de un estilo que le resultaba extraño. El pudor le hizo terminar de abrir la puerta cautelosamente. Pero en la habitación no había nadie.

Salió a ella, volviéndose para examinar el interior de su encierro, el cual quedaba iluminado por la luz procedente de la estancia. Su encierro era y no era un armario; tenía el tamaño y la forma de uno de ellos, pero no contenía nada, ni un simple gancho, ni un colgador para trajes, ni un estante. Era un espacio vacío, de paredes lisas, de poco más de un metro cuadrado de superficie.

Él cerró la puerta y paseó su mirada por la habitación. Tendría poco más de tres metros y medio por cinco. Vio una puerta, pero estaba cerrada. No vio ventanas. Cinco piezas de mobiliario. Cuatro de ellas las reconoció... más o menos. Una tenía el aspecto de un escritorio muy funcional. Había una mesa, aunque en su parte superior poseía varios planos en lugar de uno. Otro de los muebles era un lecho, o un diván. Algo brillaba sobre él. Dirigiéndose para examinarlo, lo tomó entre sus manos. Era una vestidura.

Como iba desnudo, se la puso. Bajo el lecho (o el diván) distinguió unos escaupines y deslizó sus pies en ellos. Le iban bien, le producían una sensación de calor y comodidad distinta a todo cuanto había conocido hasta entonces. Como la lana de oveja, pero más suave.

Una vez vestido, miró hacia la puerta... la única puerta de la estancia con excepción de la del armario (¿armario?) desde el que había salido. Se dirigió a la puerta y antes que pudiese accionar el picaporte vio la pequeña nota escrita a máquina pegada sobre él y que decía:

«Esta puerta tiene una cerradura de relojería que la abrirá dentro de una hora. Por razones que pronto comprenderás es preferible que no salgas de esta habitación hasta entonces. Hay una carta para ti en el escritorio. Haz el favor de leerla.»

La nota no estaba firmada. Él miró hacia el escritorio y vio que, efectivamente, había un sobre en él.

De momento no fue en busca del sobre para leer la carta que indudablemente contenía.

¿Por qué no fue? Porque estaba asustado.

Observó otras particularidades de la estancia. La iluminación no procedía de parte alguna. Surgía de la nada. No era iluminación indirecta; ni el techo ni las paredes la reflejaban.

De donde él venía no tenían iluminación como aquella. ¿Qué quería decir con eso *de donde él venía*?

Cerró los ojos y se dijo: «Yo soy Norman Hastings. Soy profesor de matemáticas en la Universidad de California Meridional. Tengo veinticinco años y éste es el año mil novecientos cincuenta y cuatro.»

Abrió los ojos y miró de nuevo.

En 1954 no se empleaba aquel estilo de mobiliario en Los Ángeles... ni en ningún lugar del mundo. Aquel objeto del rincón... ni siquiera podía adivinar qué era. El mismo efecto le hubiese producido un aparato de televisión a su abuelo, cuando tenía su edad.

Luego contempló las brillantes vestiduras que se había puesto. Tomó la tela entre el índice y el pulgar.

Era distinta a todo cuanto conocía.

«Yo soy Norman Hastings. Éste es el año mil novecientos cincuenta y cuatro.»

Tenía que saberlo, y en seguida.

Con paso resuelto se acercó al escritorio y tomó en sus manos el sobre. Sobre él estaba mecanografiado su nombre: *Norman Hastings*.

Sus manos temblaban ligeramente cuando lo abrió. ¿Acaso podía censurarlas?

El sobre contenía varias páginas mecanografiadas. «Mi querido Norman», comenzaba la misiva. Él buscó inmediatamente la firma al pie de la última página. La carta no estaba firmada.

Volvió al principio y comenzó a leer:

«Mi querido Norman:

»No tengas miedo. No tienes nada que temer, pero yo tengo mucho que explicarte. Tienes que comprender muchas cosas antes que el aparato abra la puerta. Muchas cosas que tú debes aceptar y... obedecer.

»Ya debes haber adivinado que te hayas en el futuro... en lo que a ti te parece ser el futuro. Las ropas que vistes y la habitación en que te encuentras ya deben habértelo revelado. Yo lo planeé así para que la impresión no fuese demasiado súbita, para que fueses dándote cuenta poco a poco antes de leer esta misiva... que de momento probablemente no hubieras creído.

»El *armario* del que acabas de salir es, como ya debes haber comprendido, una máquina para viajar por el tiempo. De ella has salido al mundo del año 2004. La fecha es el 7 de abril, exactamente cincuenta años desde el último día que recuerdas.

»No puedes volver a él.

»Yo soy el autor de esto y tal vez me odies por lo que he hecho; no lo sé. Eres tú quien tendrá que decidirlo, pero ahora ya no importa. Lo que importa, y no sólo para ti, es otra decisión que tienes que tomar. Yo soy incapaz de adoptarla.

»¿Quién te escribe esta misiva? Preferiría no revelártelo por ahora. Cuando hayas terminado de leerla, aunque no esté firmada (lo primero que debes haber buscado es la firma), no será necesario que te diga quién soy. Tú lo sabrás.

»Soy un viejo de setenta y cinco años. En este año de gracia de 2004 llevo estudiando el «tiempo» desde hace treinta años. He terminado la construcción de la primera máquina del tiempo... Y hasta ahora, su construcción, incluso el hecho que ha sido construida, constituye mi secreto.

»Tú acabas de participar en el primer experimento importante. Es cuenta tuya decidir si se deben realizar más experimentos con ella, si hay que entregar este descubrimiento al mundo, o si hay que destruirlo para no volver a utilizarlo jamás.»

Aquí terminaba la primera página. Él levantó la mirada por un momento, sin decidirse a pasar a la página siguiente, pues temía lo que iba a encontrar.

Por último, volvió la página.

«Construí la primera máquina del tiempo hace una semana. Mis cálculos me demostraban que funcionaría, pero no me decían cómo funcionaría. Yo esperaba que sólo serviría para enviar un objeto al pasado (sólo funciona hacia atrás, no hacia adelante) intacto y sin haber experimentado cambios en su estructura física.

»Mi primer experimento me demostró el error en que había incurrido. Puse un cubo metálico en la máquina (ésta era una versión en miniatura de la que tú acabas de abandonar) y ajusté los mandos para que retrocediese diez años. Di vuelta al conmutador y abrí la puerta, esperando no encontrar al cubo. Pero en lugar de ello, vi que se había convertido en polvo.

»Coloqué otro cubo en la máquina y lo envié dos años atrás. El segundo cubo permaneció inalterado, pero se veía más nuevo y más brillante.

»Esto me dio la solución. Yo esperaba que los cubos retrocedieran en el tiempo y, efectivamente, lo habían hecho, pero no en el sentido que yo suponía. Aquellos cubos de metal habían sido fabricados unos tres años antes. Yo envié al primero de ellos a algunos años antes que existiese en su forma actual. Diez años antes era un compuesto de minerales. La máquina lo devolvió a aquel estado.

»¿Te das cuenta ahora de cuán equivocadas eran nuestras teorías anteriores sobre los viajes por el tiempo? Confiábamos en que conseguiríamos meternos en una máquina del tiempo en el año 2004, por ejemplo, ajustar los mandos para medio siglo antes, y luego salir de ella en el año 1954..., pero las cosas no son así. La máquina no se desplaza en el tiempo. Sólo queda afectado por el proceso lo que la máquina contiene, pero únicamente en relación a sí mismo y no con el resto del Universo.

»Comprobé este extremo con conejillos de Indias. Envié a uno que tenía seis semanas a cinco semanas atrás, y salió convertido casi en un recién nacido.

»No te describiré todos los experimentos que realicé. Encontrarás una lista de los mismos en el escritorio y más tarde tendrás tiempo para estudiarla.

»¿Comprendes ahora lo que ha pasado contigo, Norman?»

Él comenzó a comprenderlo. Y comenzó a sudar de angustia.

El autor de la misiva que estaba leyendo era *él mismo*, él mismo a la edad de setenta y cinco años, y en el año 2004. Él era aquel anciano septuagenario, cuyo cuerpo había vuelto a asumir la apariencia que tenía medio siglo antes, con todos los recuerdos de aquellos cincuenta años de vida borrados de su memoria.

Él había inventado la máquina del tiempo.

Y antes de emplearla él mismo, tomó aquellas disposiciones para orientarse luego. Fue él mismo quien escribió la carta que estaba leyendo...

Pero si aquellos cincuenta años se habían desvanecido —para él—, ¿qué había sido de todos sus amigos, de todos aquellos seres amados que le acompañaron en vida? ¿Qué había sido de sus padres? ¿Y de la joven con la que iba —o había ido— a casarse?

Siguió leyendo:

«Sí, querrás saber todo cuanto ha sucedido. Mamá falleció en 1963, y papá en 1968. Te casaste con Bárbara en 1956. Siento tener que participarte que murió tres años después, en un accidente de aviación. Te dejó un hijo. Todavía vive; se llama Walter, tiene ahora cuarenta y seis años de edad y es contable en la ciudad de Kansas.»

Acudieron lágrimas a sus ojos y por un momento no pudo seguir leyendo. Bárbara muerta, muerta desde hacía cuarenta y cinco años. Y sólo hacía unos minutos, según el tiempo subjetivo, él estaba sentado junto a ella tostándose al sol en un patio de Beverly Hills...

«Pero volvamos a nuestro descubrimiento. Ya comienzas a ver alguna de sus consecuencias. Necesitarás tiempo para darte cuenta cabal de todas ellas.

»No permite los viajes por el tiempo que nosotros imaginábamos pero, hasta cierto punto, nos confiere la inmortalidad. Inmortalidad como la que acabo de concederte temporalmente.

»¿Es bueno esto? ¿Vale la pena perder el recuerdo de cincuenta años de nuestra vida para devolver a nuestro cuerpo la juventud relativa? La única manera que tengo de comprobarlo es intentándolo, tan pronto como haya terminado de escribir esta carta y de hacer los restantes preparativos.

»Tú lo sabrás.

»Pero antes que llegues a una decisión, recuerda que existe otro problema, más importante que el psicológico. Me refiero al exceso de población.

»Si entregamos nuestro descubrimiento al mundo, si todos los ancianos y moribundos pueden rejuvenecerse, la población del planeta se duplicaría a cada generación. Y ni el mundo ni nuestro país, relativamente progresista, querrán aceptar métodos malthusianos obligatorios como solución del problema.

»Si entregamos este invento al mundo, al mundo actual del año 2004, dentro de una generación conoceremos el hambre, los sufrimientos, la guerra. Tal vez esto signifique el hundimiento definitivo de la civilización.

»Sí, hemos alcanzado otros planetas, pero no son aptos para la colonización. La solución tal vez resida en las estrellas, pero todavía tiene que transcurrir un largo plazo antes que nos hallemos en disposición de llegar hasta ellas. Cuando lo hagamos, algún día, los billones de planetas habitables que deben gravitar en torno a ellas nos resolverán el problema..., proporcionándonos espacio vital. Pero, entre tanto, ¿cuál es la solución?

»¿Destruir la máquina? Pero pensemos en las innumerables vidas que puede salvar, en los sufrimientos que puede evitar. Pensemos en lo que significaría esta máquina para un hombre devorado por un cáncer incurable. Pensemos...»

Pensemos. Terminó de leer la carta y volvió a dejarla sobre el escritorio.

Pero él pensó en Bárbara, muerta desde hacía cuarenta y cinco años. Y en su breve vida matrimonial de tres años, que prácticamente no llegó a conocer, pues era como si no los hubiese vivido.

Cincuenta años perdidos. Maldijo al anciano septuagenario que le había jugado aquella mala pasada... que le obligaba a tomar aquella decisión.

Amargamente, ya sabía cuál sería esta decisión. Se dijo que *él* también lo sabía, y que había comprendido que podía entregarle con seguridad el descubrimiento. Condenado viejo... no se había equivocado.

Era algo demasiado valioso para destruirlo, demasiado peligroso para divulgarlo.

Evidentemente, la única solución era aquella, por doloroso que le resultase.

Él debía convertirse en el custodio de aquel invento y mantenerlo en secreto hasta que no hubiese peligro en divulgarlo, hasta que la humanidad hubiese alcanzado las estrellas y pudiese desparramarse por nuevos mundos, o hasta que, sin llegar a aquello, hubiese alcanzado un estado de civilización en que pudiese evitar el exceso demográfico ajustando los nacimientos al número de muertes accidentales... o voluntarias.

Si ninguna de estas dos cosas sucediese en el transcurso de otro medio siglo (y no era probable que sucediese tan pronto), entonces él, al cumplir setenta y cinco años de edad, tendría que escribir otra carta, como aquella. Pasaría por otra experiencia similar a la que acababa de sufrir. Y terminaría tomando la misma decisión, por supuesto.

¿Por qué no? Sería de nuevo la misma persona.

Una y otra vez, para conservar el secreto hasta que el Hombre estuviese preparado para recibirlo.

¿Cuántas veces volvería a sentarse ante un escritorio como aquel, para pensar lo mismo que ahora, para sentir lo que entonces sentía?

Se escuchó un clic en la puerta y él supo que ésta se había abierto, que era libre de abandonar aquella habitación, libre de comenzar una nueva vida en lugar de la que ya había vivido y había perdido.

Pero no tenía ninguna prisa en salir por aquella puerta.

Permanecería sentado allí, mirando sin ver frente a sí, viendo con los ojos de su mente una serie de espejos colocados unos frente a otros, como los de las antiguas barberías, que reflejaban una y otra vez la misma imagen, hasta perderse en la distancia.

FIN